

JEAN-PAUL LEMIEUX: PINTOR DE UNA REALIDAD CAMBIANTE

"Se dice que nuestro país es muy joven para que haya alcanzado un desarrollo artístico notable. Hay algunos pintores de talento en nuestra provincia, pero ¿tenemos un Diego Rivera o un Orozco?" Esta interrogante que denotaba la preocupación de los medios artísticos canadienses fue expuesta hace cuarenta años por Jean-Paul Lemieux. En esa época las corrientes artísticas afanosamente buscaban encontrar una identidad propia en sus expresiones. No hacía mucho que todavía se encontraban generalizadas las ideas provenientes de las escuelas europeas, que limitaban la expresión artística canadiense a normas que le eran extrañas y que producían obras que mucho distaban de la realidad en la que habían sido creadas. De manera decisiva el llamado *GRUPO DE SIETE*, introdujo drásticos cambios en el pensamiento artístico. J. P. Lemieux hizo otro tanto.

Lemieux buscó con paciencia y por largo tiempo la salida del laberinto artístico. En 1940 expresó: "El arte es semejante a un laberinto; es menester buscar larga y ardentemente antes de encontrar el corredor que conduce a la luz". Para él esa luz no fue vislumbrada sino hasta después de veinte años de búsqueda y para entonces él ya había llegado al medio siglo de vida.

"La pintura," comentaba, "no es fácil, al menos no para mí. Jamás encuentro el equilibrio en una tela a primera vista." Para él, pintar era expresar una visión personal de los seres y de las cosas. Recrear el "clima" que suscita la sensibilidad fue profundamente afectada por el pasado y por las cosas ocurridas en la distancia del tiempo. De ahí que a este pintor quebequense se le conozca ahora como "el pintor del recuerdo."

Para el que por primera vez observa algunas de las obras que ha hecho famoso a Lemieux, probablemente note que su mundo aparece fijo, estático. Los personajes muchas veces ven fijamente al observador, como si lo trataran de penetrar; en otras apa-

recen al borde de la tela, como si hubiera dudado de meterlos. Los grises y los claros oscuros abundan en algunas de sus obras. Esto, junto con lo vasto y solitario de las escenas, causa reminiscencia del gran espacio canadiense.

El espacio, la soledad y el tiempo se yuxtaponen en sus pinturas y constituyen los grandes componentes de la obra de Lemieux. Sin embargo, los cuadros de este pintor no tienen nada de estáticos. Son en realidad una visión dinámica de las cosas que ha sabido canalizar dentro de las formas más eficaces y más concentradas, eliminando así lo superfluo.

El espacio del artista adquiere a veces las dimensiones del ya mencionado espacio canadiense: inmenso, casi deshabitado, frecuentemente nevado, que se pierde en el infinito del horizonte. Paisajes que aun y cuando se antojan salidos de un sueño, son en realidad producto de lo tangible: las impresiones recogidas por el artista en su contacto con la naturaleza y la vida; en este caso son un típico invierno canadiense. Lemieux puede sumergirnos en la campiña nevada en la que los cielos grisáceos y la opacidad de la luz invernal funden el campo, horizonte y cielo en una masa indescriptible e incierta.

¿Realidad o sueño? ¿Verdad o fantasía? Lemieux nos dice: "La pintura es el arte de crear ilusiones sobre una superficie. El ojo del pintor es un espejo inteligente que refleja la imagen cambiante del mundo y de las cosas." Al ver uno de sus cuadros seguramente nos causará una cierta emoción, nos dará una imagen, al volver la cabeza, quizá desencadene algún recuerdo, y para Lemieux "es la interpretación, la visión personal y la sensibilidad lo que cuentan en una pintura. El tema no es más que un punto de partida que servirá para expresar una emoción." Si eso ocurre, Jean-Paul Lemieux habrá logrado su propósito.

"El Visitante de la Noche", Colección de la Galería Nacional de Canadá.

